

## Hipatia

Al margen de las estrictamente cinematográficas, el denominador común de las críticas sobre “Ágora”, de Alejandro Amenábar, ha sido más el posicionamiento ideológico de la fuente que una valoración del acierto en la plasmación de los aspectos históricos, religiosos, filosóficos y científicos que constituyen la trama de la Alejandría de finales del s. IV y principios del V d. C. en la que vivió Hipatia.

Sobre el contexto religioso son esclarecedoras las tres excelentes entradas que el profesor Antonio Piñero le dedica en su blog. La película “Ágora” presenta el pulso y desenlace final – personificado en la filósofa Hipatia- entre dos civilizaciones: la clásica y la emergente cristiana, esto es, entre la humana aspiración al conocimiento y una verdad divina revelada.

La posición doctrinal de esta religión en ciernes ante la filosofía –tendrá que esperar más de tres siglos para disponer del aparato de poder para imponerla- es rotunda desde sus momentos fundacionales; su ideólogo, en torno al año 56 d.C. se dirige con toda la intención a una comunidad culturalmente griega hasta la médula en estos términos:

*"... pues dice la Escritura: <<Anularé el saber de los sabios, descartaré la cordura de los cuerdos>> [Is. 29, 14]. ¡A ver un sabio, a ver un letrado, a ver un estudioso del mundo este! ¿No ha demostrado Dios que el saber de este mundo es locura? [...] Y si no, hermanos, fijaos a quiénes os llamó Dios: no a muchos intelectuales [...] Todo lo contrario: lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios;" (I Cor 1, 19-27)*

Así las cosas, nada tiene que extrañar que el más paulino y ¡helenístico! de los evangelios canónicos –el de Juan, redactado casi medio siglo después de la epístola paulina, y consagrando sus tesis, ya vencedoras frente a la comunidad judeocristiana de Jerusalem- ponga en boca de Jesús esta frase lapidaria...

*“Yo soy el camino, **la verdad** y la vida.” (Jn. 14, 6)*

La filosofía, el esfuerzo humano por conocer, es a partir de ahora no ya un anhelo inútil –no hay nada que buscar, pues **la verdad** nos ha sido dada- sino la expresión del fracaso humano por alcanzarla: ni los siete siglos pretéritos, ¡ni setenta veces siete! han servido de nada: el **Logos** se nos ha tenido que revelar para que lo conociéramos...:

*“Al principio ya existía el Logos, el Logos se dirigía a Dios y el Logos era Dios: ella al principio se dirigía a Dios. Mediante ella se hizo todo; sin ella no se hizo nada de lo hecho. Ella contenía la vida, y esa vida era la **luz** de los hombres; esa luz brilla en las **tinieblas**, y las tinieblas no la han comprendido.” (Jn. 1, 1-5)*

A partir de aquí, de esta postura de superioridad y desprecio hacia la filosofía, al cristianismo emergente sólo le caben matices:

a) la postura más irracionalista, a lo Tertuliano, que ve en ella a la culpable de todas las herejías (de una religión a la que le quedan siglos para definir e imponer su ortodoxia):

*“Todas las herejías en último término tienen su origen en la filosofía. (...) Quédese para Atenas esta sabiduría humana manipuladora y adulteradora de la verdad, por donde anda la múltiple diversidad de sectas contradictorias entre sí con sus diversas herejías.(...) Allá ellos los que han salido con un cristianismo estoico, platónico o dialéctico. No tenemos necesidad de curiosear, una vez que vino Jesucristo, ni hemos de investigar después del Evangelio.”(Tertuliano, De Praescriptione, 7, 1)*

b) La postura más conciliadora, diplomática y perversa; aquélla que aprecia –en el más obscuro sentido de la palabra- a la filosofía en la medida que coincide con o ayuda a la defensa de las creencias cristianas; pero dejando muy claro que lo que de verdad pueda haber en la filosofía no es fruto del esfuerzo humano por conocer sino gracioso favor divino:

*“Declaro (...) no que las doctrinas de Platón sean simplemente extrañas a Cristo, pero sí que no coinciden en todo con él, lo mismo que las de los otros filósofos, como los estoicos, o las de los poetas o historiadores. Porque cada uno de éstos habló correctamente **en cuanto que** veía que tenía por connaturalidad una parte del Logos seminal de Dios. Pero es evidente que quienes expresaron opiniones contradictorias y en puntos importantes, no poseyeron una ciencia infalible ni un conocimiento inatacable. Ahora bien, todo lo que ellos han dicho correctamente **nos pertenece a nosotros, los cristianos...**” (San Justino, Apología II, 13)*

Hasta aquí -siglo II-III- poco más que esgrima verbal; en el siglo IV las cosas empiezan a ponerse serias: el cristianismo va a pasar de ser una religión perseguida a tolerada, y de tolerada a perseguidora.

Lo de religión perseguida, más allá del imaginario de los leones, el circo, los mártires y las catacumbas, merece alguna precisión. Roma no tuvo problemas de tolerancia con ninguna religión o culto importado de sus provincias, aunque fuesen orientales – les eran muy atractivos por exóticos- e incluso podía echar en olvido que el fundador de una de ellas hubiese sido ejecutado por un delito de sedición: pero no podía transigir con ninguna que pretendiese ser la única y negase las deidades romanas y al emperador:

*“Nosotros confesamos que somos ateos en lo que se refiere a los dioses, pero no con respecto al más grande verdadero Dios...” (San Justino, Apología I, 6).*

Aun así, en el 313 el emperador Constantino por el edicto de Milán resuelve

*“...conceder tanto a los cristianos como a todos los demás, facultad de seguir libremente la religión que cada cual quiera (...) y permitir de ahora en adelante a todos los que quieran observar la religión cristiana, hacerlo libremente sin que esto les suponga ninguna clase de inquietud y molestia”.*

El breve texto del edicto deja bien a las claras, por una parte, el calado político de la medida, pues mediante él pretende afrontar *“todos los problemas que afectan a la seguridad y al bienestar público,* y, por otra, que a comienzos del s. IV al poder de Roma le es inconcebible la idea de una única religión verdadera, pues con la medida aspira a que *“toda clase de divinidad que habite la morada celeste nos sea propicia a nosotros y a todos los que están bajo nuestra autoridad”.*

En apenas 70 años el panorama va a cambiar drásticamente; los coqueteos de esta nueva religión, brindándole sus servicios ideológicos al poder ya desde sus momentos fundacionales (Pablo de Tarso, año 57 d. C.): [ *"Sométase todo individuo a las autoridades constituidas; no existe autoridad sin que lo disponga Dios y, por tanto, las actuales han sido establecidas por él. En consecuencia, el insumiso a la autoridad se opone a la disposición de Dios y los que se le oponen se ganarán su sentencia [...] Si no eres honesto, teme [a la autoridad], que por algo lleva la espada: es agente de Dios, ejecutor de su reprobación contra el delincuente."* (Rom. XIII)] van a alcanzar sus frutos: el sometimiento del poder político al religioso.

El edicto de Tesalónica del año 380 acaba consagrando al cristianismo como única y obligatoria religión del imperio y aceptando éste la tan esperada por aquél contrapartida de ser el brazo ejecutor de los designios divinos:

*"Deseamos que **todas** las gentes gobernadas por nuestra clemencia profesen la religión que el divino apóstol Pedro dio a los romanos (...) Por esta ley disponemos que los que sigan esta norma sean llamados cristianos católicos. Los demás, a quienes se puede juzgar como **locos**, sufrirán la infamia de la herejía. Sus lugares de reunión no serán considerados como iglesias y **serán destruidos** tanto por la venganza divina como por nuestra iniciativa, que tomaremos de acuerdo con el arbitrio celeste."*

Este es el momento histórico que le tocó vivir a Hipatia, una figura conmovedora que encarna la dignidad y el estertor de quien pretende vivir como pagana en un mundo que ha dejado de ser clásico y empieza a ser cristiano.

Eso se paga, e Hipatia lo pagó, no en la forma edulcorada en que Amenábar nos lo presenta –que, por supuesto, no ha evitado que tachen a su “Ágora” de provocadora, intolerante y anticristiana– sino en la que nos presenta la fuente más primitiva, aséptica y fiable, la de Sócrates Escolástico:

*. Algunos de los cristianos, impulsados por un celo fanático y violento y dirigido por Pedro, el lector, la interceptaron cuando se dirigía a su casa, la arrastraron fuera de su carruaje, la condujeron a una iglesia llamada el Cesareum, donde la desnudaron por completo y la desollaron viva arrancándole la piel con restos de tejas y conchas marinas. Tras descuartizarla, tomaron sus miembros y los llevaron a un lugar llamado Cinaron y los quemaron allí”* (Historia Eclesiástica. VII, 15).

Cuestión aparte es el tratamiento que la película hace de la faceta científica de Hipatia. Situarla en la órbita platónica y neoplatónica y considerarla, según la tradición, autora de *“un Comentario a la “Aritmética” de Diofanto; un comentario al “Cono o Secciones cónicas” de Apolonio de Perga; un comentario al “Almagesto” del astrónomo y geógrafo Ptolemeo; otro comentario al “Canon astronómico” del mismo Ptolemeo; un comentario a la geometría o “Elementos” de Euclides”* (A. Piñero) no nos permite saber cuáles eran sus ideas sobre cosmología y astronomía ni dilucidar si era partidaria del ya consagrado geocentrismo del modelo aristotélico-ptolemaico o si, por el contrario, militaba con algunos pitagóricos partidarios de modelos no geocéntricos.

En cuanto que filósofa platónica convendría no olvidar que, en el *Timeo*, Platón no sólo expone una cosmología geocéntrica sino que hace la primera y primorosa construcción geométrico-matemática de la misma. Del mismo modo hay que recordar que el heliocentrismo no era una idea unánime entre los pitagóricos: el modelo atribuido a Filolao no era heliocéntrico, pues tanto el Sol como la Tierra y los demás cuerpos celestes giraban en torno a un fuego central, a diferencia del de Aristarco, que sí lo era; curiosamente Copérnico, en el prefacio de su *De revolutionibus*, sólo cita al primero.

Para valorar a la científica Hipatia no es necesario presentarla no ya como una precursora de Copérnico, Kepler o Galileo sino como a alguien que, a poco que éstos se descuidasen, les hubiera arrebatado su papel en la historia de la ciencia. El valor de Hipatia reside en su apuesta por el empeño humano por conocer, por su defensa de la razón, de una razón –no lo olvidemos- que es provisional, histórica y falible.

Consecuencia de esta confusión son los numerosos anacronismos en los “Ágora” incurre:

La astronomía, en este período, no tiene status de ciencia (episteme); su función no es conocer cómo es realmente el universo –tarea reservada a la cosmología- sino “salvar las apariencias”, dar cuenta de lo que aparece en el cielo, suponiendo para ello los expedientes geométricos (epiciclos, deferentes, puntos ecuantos...) más eficientes, aunque sean incoherentes entre sí e incompatibles con los principios cosmológicos. Estamos aún lejos del método hipotético-deductivo y de una ciencia experimental en la que las observaciones confirman o refutan las hipótesis.

El “experimento” de dejar caer un cuerpo desde el mástil de una nave en movimiento está inspirado en un argumento de Aristóteles para probar físicamente la inmovilidad de la Tierra, según el cual cuando se deja caer un cuerpo desde una torre éste cae al pie, lo que demuestra que la Tierra no se mueve, pues si lo hiciera debería caer más atrás en la dirección opuesta al movimiento. El argumento reconvertido sigue formando parte del arsenal de los partidarios de la física aristotélica; así, Galileo, en su *Diálogo sobre los máximos sistemas del mundo: el ptolemaico y el copernicano*, lo pone en boca de Simplicio, el personaje que representa la posición aristotélica: “[la piedra] cae al pie del mástil cuando el buque está en reposo, pero lejos de este punto cuando el buque navega, ya que éste ha avanzado durante el tiempo de caída hasta varias yardas si su curso es rápido.”

Cuando Salviati, el personaje que representa la posición copernicana, le pregunta si ha realizado alguna vez el experimento la respuesta de Simplicio hace honor a su nombre: “Yo nunca, pero creo ciertamente que las autoridades que lo afirman lo han observado cuidadosamente.”

Rebelándose contra la autoridad y la tradición Salviati le responde que “si alguno lo hace, encontrará que el experimento es exactamente opuesto a lo que está escrito; es decir, mostrará que la piedra cae en el mismo lugar del barco, independientemente de que esté en reposo o moviéndose a cualquier velocidad. Por tanto, la misma causa se aplicará a la Tierra como al barco y nada puede inferirse sobre el estado de reposo o movimiento de la Tierra a partir de la piedra que cae siempre perpendicularmente al pie de la torre.”

Aunque hay candidatos en el s. XVI a haber realizado el experimento, es la publicación de esta obra de Galileo lo que anima a otros –menos dotados para la física- a

realizar materialmente el experimento: Morin en el Sena en 1634 y Gassendi en Marsella en 1.641. Galileo no tuvo necesidad de hacerlo, sólo realizó el experimento mentalmente, pero contaba con el aparato conceptual para entender su significado (el principio de relatividad galileano: "*Es imposible detectar por experiencias físicas si un sistema está en reposo o en movimiento rectilíneo uniforme*"). A falta del mismo, es injustificada la alegría de Hipatia ante los resultados de un experimento cuyo significado físico no puede desvelar.

Por último, lo que está más cerca de lo imposible que de lo inverosímil es una Hipatia que concibe, aunque sea hipotéticamente, la 1ª ley de Kepler. El abandono de la idea del movimiento circular de los planetas y su sustitución por la de órbitas elípticas vino motivado por la constatación kepleriana de un pequeñísimo desajuste entre el valor de la posición teórica que Marte debería ocupar y el observado; la desviación era de 8' de arco, menos de la séptima parte de un grado. Esa insignificancia sólo puede ser significativa si se ha alcanzado tal grado de precisión en las observaciones que la haga inadmisibles. Conseguir esa precisión fue posible gracias a Tycho Brahe, no tanto por su extraordinaria habilidad como observador sino por haber reinventado los instrumentos de una astronomía ya por poco tiempo preóptica, sobredimensionándolos, cuidando al límite la calidad de los materiales de construcción y calculando el margen de error tolerable, fijándolo en tan sólo 4', es decir alcanzando una precisión cinco veces mayor que la alcanzada por los astrónomos griegos. En otras palabras, Hipatia –tanto si manejaba observaciones ajenas como si las realizaba ella misma- no estaba en condiciones ni disponía de los medios para ver en el cielo nada que pudiera cuestionar la idea de circularidad.

Fue la imposibilidad de encajar en una órbita circular las posiciones de Marte observadas por Tycho, del que Kepler fue ayudante durante muchos años en su observatorio de Uraniborg, lo que llevó a éste al atrevimiento intelectual de romper con el hechizo milenar de la circularidad, tan potente que mantendría seducido al mismísimo Galileo; y ello a pesar de que la nueva ciencia experimental que están construyendo hizo de la exactitud y de la concordancia entre modelos teóricos y resultados observacionales la brújula y el motor del progreso científico.

El hecho de que a Amenábar se le hay ido la mano a la hora de presentarnos la modernidad de las ideas científicas de Hipatia no debe impedirnos ver lo que valiosamente ésta simboliza: la decidida apuesta por una razón humana que se niega a ser anulada por una verdad absoluta y dogmática y que históricamente alumbra marcos más amables para conocer, ser y estar.